

ría y sin ser visto por sus enemigos que se ocultaban entre la muchedumbre de las ciudades. (1)

CAPITULO XXVIII:

Eleccion del Izcchualtl para rey de México y de Quauhtlatohuatzin para rey de Tlaltelolco; guerra que promueve Maxtla contra ambos pueblos, y vuelta de Nezahualcoyotl.

Mientras el príncipe Nezahualcoyotl escapaba del furor de Maxtlaton y coligaban en su auxilio los estados de mas allá de los montes, los mexicanos vacilaban en la conducta que debian seguir, viéndose sin rey que los gobernara y expuestos enteramente al capricho del tirano del imperio, que pretendia tener á todos los pueblos, en una sujecion tan opresora como injusta. Al fin reunido el senado, resolvió elegir rey y la eleccion recayó unánimemente en Izcchual, hombre hábil en el gobierno y el mas experimentado de todos en la guerra. Tan acertada eleccion del senado, fué saludada por el pueblo con entusiastas aclamaciones de regocijo: uno de los ancianos de aquel consejo, dirigió al nuevo rey una alocucion exhortándolo al exacto cumplimiento de sus deberes, teniendo siempre presente como punto final de sus acciones, la felicidad de la nacion; y concluyó recordándole la constancia de sus antecesores, que aunque yacian bajo la tierra, su nombre vivia inmortal mereciendo la gra-

1 Veytia y Clavijero lug. cit. Torquemada monarq. ind. libro 2º cap. 21, 22 y 23.

titud de todos sus vasallos. A este razonamiento contestó el electo rey, manifestando su agradecimiento y voluntad para cumplir sus obligaciones, correspondiendo á la confianza con que lo habian honrado, sin perdonar de su parte fatiga ni trabajo y concluia con estas notables palabras; «para lograr este fin, es necesario que todos contribuyan y me ayuden con sus palabras y sus obras: y así unidos con el vínculo de la fidelidad y obediencia sea nuestra nacion un cuerpo con muchas manos y un corazon.» ¡Ojalá y los mexicanos del ilustrado siglo diez y nueve, supieramos corresponder á esta sincera expresion nacida del corazon de un rey azteca del tiempo de la oscura gentilidad!

Allí mismo se hizo luego la coronacion y reconocimiento de la dignidad del rey en medio del ceremonial acostumbrado, pasando luego el concurso á dar gracias al templo á su dios Huitzilopochtli, lo cual tenia lugar el 27 de Julio de 1427.

Concluidas estas formalidades, se reunió luego el senado para nombrar los embajadores que debian avisar al emperador del nombramiento y coronacion del nuevo rey; pero sabiendo que Maxtla recibiria con tanto enojo esta resolucion, los embajadores llevaban consigo una sentencia de muerte, estando espuestos á ser víctimas del furor del déspota: y no hallando como salir de esta dificultad, el jóven Tempanecatli, hermano de Montehuzuma Ilhuicamina é hijos ambos del rey Huitzilihuitl, tomó la palabra y dijo al senado en estos términos. «Padres y abuelos míos, ¿porqué os acongoja y turba el dar cuenta al emperador de haber nombrado nuestro nuevo rey? Esto es indispensable, porque de lo contrario es declararnos rebeldes en un tiempo en que no estamos prevenidos para resistir á su poder, si irritado de nuestro procedimiento hecha sobre nosotros sus tecpanecas. Si toda la dificultad consiste en que teneis por infalible que el men-

sagero que lleve esta noticia ha de perder la vida, aquí está la mia. ¿Para qué vivo yo en el mundo? Para qué guardo la vida, si cuando se ofrece la ocasion de hacer un servicio agradable á mi rey y á mi patria, no la arriesgo por ellos? Aquí me teneis; enviadme si os parece que puedo desempeñar la embajada y no os dé pena una vida que tarde ó temprano ha de acabarse y nunca podria emplearla mejor que en el servicio de mi patria. Solo os ruego, que si muero, cuideis de mis hijos como padres de ellos.»

El rey y los senadores llenos de admiracion por una accion tan noble y aquel generoso desprendimiento, aplaudieron el patriotismo de Tempanecatli y le hicieron los ofrecimientos necesarios para la seguridad de su familia, en medio de las espresiones de su mas eficaz reconocimiento. Le dieron las instrucciones para el desempeño de su comision y abrazándolo todos con ternura, partió para la corte de Azcapozalco. Llegado á la presencia del emperador, le hizo una profunda reverencia y le dió á conocer el objeto de su embajada en un elocuente razonamiento, que desarmó la cólera de Maxtla, aunque no quiso confirmar la eleccion de Izcohuatl, porque habia determinado que aquellos pueblos tributarios de su corona, no eligieran rey de su misma nacion, sino que estuvieran sugetos á un gefe tecpaneca. Tempanecatli salió del palacio y volvió á México donde causó gran regocijo su vuelta porque todos creian segura su muerte.

Se trató luego en el senado el partido que se debiera adoptar en aquel caso: los ancianos con la timidez propia de su edad aconsejaban evitar de pronto un conflicto no contando con fuerza que oponer al grande poder del emperador, ni tiempo para implorar en su auxilio la de otros pueblos; pero el intrépido y valeroso Izcohuatl trató aquel pensamiento de cobarde é indigno del valien-

te pueblo mexicano, y viéndose apoyado por toda la juventud que estaba pronta á tomar las armas para defender la resolucion del senado, se resolvió sostener la eleccion del rey, sin consentir la vergozosa sujecion que se les queria imponer. El rey ofreció ser el primero en combatir el despotismo de Maxtla y decretó premios y honores á los que mejor se portaran en la guerra, lo cual confirmó el senado, concediendo que cada uno seria dueño de los prisioneros que tomaran al enemigo, repartir algunas dignidades y títulos de nobleza, concediendo ademas á los que mas valerosamente pelearan, permitirles tener todas las mugeres que quisieran y pudieran mantener.

Se volvió á mandar á Tepanecatli como embajador para declarar la guerra á Maxtla, llevando un penacho de pluma, una flecha, una rodela, un vaso en que se contenia un barniz formado de tierra blanca y aceite de chia, con que se untaban los emperadores al salir á campaña. El enviado mexicano presentó á Maxtla estos objetos, lo cual constituia la declaracion de guerra segun la política militar de aquellos pueblos: el emperador tomó todo en sus manos y en presencia del embajador untó sus carnes con el barniz, en señal de aceptar la guerra manifestándole que tal vez no podria volver á su ciudad por estar ya los soldados tecpanecas avisados de hostilizar á los mexicanos. «No importa que yo no vuelva, replicó Tempanecatli, me basta haber cumplido con intimaros la guerra: desde la vez pasada vine persuadido de que moria luego que me vieras: tu bondad me perdonó y esto poco mas que he gozado de vida á tí te lo debo, y si gustas privarme de ella, tuya es y harás lo que quieras.» Pero Maxtla como todos los déspotas tenia un espíritu miserable y fácilmente se dejaba gobernar con la superioridad é intrepidez, de manera que dejó volver al embajador, dándole para el rey algunos

regalos en prueba de quedar admitida la guerra. Volvió Tempanecatli á México, aunque ya con algunos riesgos de que salió libre, merced á su presencia de ánimo y suma agilidad, causando aun mayor sorpresa en el senado esta segunda vuelta, y así esta vez le cambiaron su nombre por el de Tlacaeltzin, que espresa; *hombre de un extraordinario valor.*

Quando los tlaltelolques tuvieron el ejemplo de los mexicanos, hicieron tambien eleccion del rey en Quauh-tletohuatzin, que aunque no pertenecia á la familia real, era un hombre generalmente estimado por sus virtudes y muy adicto al emperador, en lo cual se confiaba para la confirmacion del nombramiento, pero aun así, la respuesta fué la misma que á los mexicanos y quedó tambien declarada la guerra entre el imperio y Tlaltelolco, cuyo rey inmediatamente hizo alianza con México: y conociendo la superioridad militar de Izcóhuatl, puso á sus órdenes sus tropas, para que el mexicano mandara en gefe el ejército de las dos ciudades, que al cuarto dia fueron sitiadas por los tecpanecas.

Entretanto pasó esto en México, Nezahualcoyotl de su alojamiento en la campiña de Tlascalan, concertó los ejércitos de todos los pueblos sus auxiliares, y sabiendo lo ocurrido en México, dió orden para que todos se reunieran el dia 2 de Agosto en el pueblo de Calpolalpam, situado en los llanos de Apam y perteneciente á la provincia de Tezcoco. De aquel punto entró ya el ejército en campaña, y mientras los tlaxcaltecas y huexutzinças sujetaron á las ciudades de Otompan y Acolman, con todos los demas lugares de sus provincias, el señor de Chalco destruyó la fuerte guarnicion imperial de Cohuatlican; y el príncipe Nezahualcoyotl, reduciendo primero al señorío de Huexotla que en su mayor parte le era adicto, llegó hasta las puertas de Tezcoco capital de su imperio. Estando ya inmediato, salieron á recibirlos todos

los señores y demas vasallos fieles, con los cuales tuvo un aumento considerable su ejército. La ciudad al mando de su gobernador Tilmantzin hermano natural del príncipe, estaba bien guarnecida con un crecido número de tropas tecpanecas; mas sin embargo, conocieron que sonriendo la victoria al príncipe, empezaba á mirar con seño á los partidarios de la tiranía, y toda la gente inútil para las armas como los viejos, mugeres y niños, salian al encuentro de Nezahualcoyotl pidiendo con lágrimas su clemencia: el generoso príncipe ofreció recibir á todos benignamente y solo dió orden de pasar á cuchillo al gobernador y los ministros que hubiere puestos por Maxtla; pero atacada la ciudad é inclinándose el triunfo por las tropas del príncipe, los que defendian la ciudad hayaron su seguridad en la fuga.

En la misma tarde salió el príncipe y siguió reduciendo á la obediencia todas las ciudades que formaban el territorio de sus estados auxiliares, reuniendo luego á los señores y nobles de su imperio, para hacerse reconocer y proclamar por supremo monarca, dedicándose luego á establecer el orden en todos sus estados, al mismo tiempo que á levantar tropas para acabar de derribar el poder de Maxtla, que en esa vez se hallaba ocupado en la guerra con los mexicanos y tlaltelolques.

Nezahualcoyotl, reconocido de los favores que en su desgracia debió á los reyes de México y Tlaltelolco y en obsequio de la alianza que tenia hecha con el primero, deseaba marchar luego en su auxilio, pero sus fuerzas no eran aun bastantes para ese fin y no se atrevia á emplear en esta empresa á los de sus estados aliados, porque todos veian con desagrado á los mexicanos, y conoia tendrian á mal auxiliarlos, cuando todos deseaban su esterminio. Los mexicanos por su parte, si bien se habian mostrado compasivos en los infortunios del príncipe, tambien tenian la conciencia, de que casi á ellos eran

debidos, lo mismo que la muerte de su padre y la usurpacion de su autoridad y sus estados, porque sin su alianza, Tetzotzomoc no habria podido llevar la guerra que causó tantos estragos. A un sentimiento de castigo de este mal proceder, atribuian el silencio del príncipe y temian implorar su socorro; pero al fin cuando ya estaban casi próximos á perecer al furor de su terrible enemigo que indudablemente los hubiera esterminado, resolvieron mandar al infante Mocteuhezuma, para que disculpando á la nacion por sus antiguos errores, se reconciliara el ánimo del príncipe y les otorgara su proteccion en momentos que estaban para tocar á su última ruina.

El príncipe trató luego de reunir las fuerzas que en su alianza lo habian restituido al trono para cuyo fin mandó ante el señor de Chalco á los mismos comisionados mexicanos: este señor, como lo tenia previsto el príncipe, se indignó de que se le quisiera dar auxilio á un pueblo que todos consideraban como enemigo comun; y en su primer arrebato, mandó poner en las jaulas á Mocteuhezuma y su comitiva, y llevándose de la inconstancia que fué tan característica en los chalqueses, desconoció la autoridad del príncipe que acababa de reconocer, tratando de granjearse con la vida de sus prisioneros, la amistad del mismo Maxtla: pero este rehusó una alianza tan indigna y el de Chalco volvió á poner en libertad á los mexicanos, reconociendo de nuevo la autoridad de Nezahualcoyotl.

Este posó personalmente á México, burlando la vigilancia de los sitiadores: y cuando acordó con los reyes de México y Tlaltelolco, el modo de atacar al ejército tecpaneca, volvió á su corte para esperar las tropas de los estados. Sucesivamente fueron llegando en número muy crecido, y cuando estuvo reunida la mayor parte, dividió el ejército en tres cuerpos, dando el mando de

dos á los infantes de México, Mocteuhezuma y Tlacaetzin; y reservándose el mando del otro, marcharon segun los movimientos acordados con el ejército que formaban los mexicanos y tlaltelolques.

Maxtla permanecia en su corte y su numerosísimo ejército al mando del general Mazatl, opuso una vigorosa resistencia á los aliados; pero al fin vencido y arrojado por todas partes, se retiró á una fortificacion con anterioridad preparada y era una trinchera circumbalando en un estenso radio á la ciudad de Azcapozalco, donde se defendieron los tecpanecas por ciento catorce dias. En este tiempo llegó un refuerzo muy considerable, que las ciudades del norte mandaban en auxilio de los sitiados, con lo cual estos atacaron con furor el frente de los sitiadores, mientras las tropas auxiliares que llegaban, le hicieron por la retaguardia, trabándose un combate muy sangriento, así por el inmenso número de los combatientes, como por la bravura con que unos y otros se embestian. Algun rato se mantuvo indecisa la victoria; pero llegando á un combate personal el general Mazatl y el invicto Mocteuhezuma, éste de un golpe de macana derribo á su contrario, cuya noticia en proporcion que se fué estendiendo aumentaba el terror en los tecpanecas, hasta que enteramente acobardados, huyeron abandonando el campo á los aliados, que los siguieron hasta la ciudad, que fué saqueada, y sus habitantes sin compasion pasados á cuchillo. El tirano Maxtla, que durante la campaña no tuvo valor para salir al frente del enemigo, en medio de la confusion de su pueblo, se escondió en un baño de los llamados *temacali* de donde fué sacado para darle muerte. Veytia quiere, que el mismo Nezahualcoyotl fuera quien lo matara, despues de hacerle cargo de todos sus crímenes, y que su cuerpo se quemó en la plaza en una gran pira de leña; pero Torquemada dice haber sido muerto á los palos y pedradas por la multi-

tud indignada, añadiendo Clavigero, que su cuerpo fué arrojado al campo para servir de pasto á las fieras.

Esta última opinion me parece mas probable y un fin mas adecuado al tirano de execrable memoria en aquellos pueblos: fué pérfido en el cumplimiento de la última disposicion de su padre, respecto del trono de Acolhuacan: cruel asesino de su hermano Tayauh y el rey Chimalpopoca: injusto y encarnizado perseguidor del príncipe Nezahualcoyotl; y sanguinario, que sin compasion derramó la sangre de sus vasallos, atrayendo ademas sobre ellos, la cólera de sus enemigos, que indistintamente empaparon sus macanas y cuchillos en la sangre inocente y criminal, haciéndose ademas dueños de todas las riquezas, sin distinguir los culpables. ¡Horribles consecuencias para un pueblo que en su desgracia dobla la cerviz al yugo de un malvado, porque en la estrepitosa caída de este, su vida será insuficiente para calmar todos los ódios que ha represado, y el furor de los enemigos se derramará como un torrente, esparciendo la calamidad sobre el pueblo infeliz! (1)

CAPITULO XXIX.

Sujecion de las otras ciudades de los tecpanecas: creacion del reino de Tacuba; y alianza de los tres reyes.

Despues de concluida la guerra que ocasionó la caída y muerte del tirano Maxtlaton, se celebraron en México grandes fiestas, despues de las cuales se siguió la campaña

¹ Torquemada lib. 2.º cap. 32, 34, 35 y 36. Veytia tom. 3.º cap. 50, 51 y 52. Clavigero tom. 1.º pag. 146 á la 155.

para sujetar todas las demas ciudades en que aun quedaban algunas fuerzas rebeldes.

En la guerra contra Maxtla, los poderosos auxilios de Nezahualcoyotl, sirvieron para engrandecer la nacion mexicana y afianzar la corona de las cienes de su monarca; y mientras tanto, las provincias del imperio de Tezcoco, desagradadas por esta proteccion tan decidida que el príncipe dispensó á los mexicanos, se le revelaron, siendo necesario emprender nueva guerra para sujetarlas, y cuando de nuevo fueron reducidos á la obediencia los señorios de Huexotla, Coahuatlitan, Acolman y otros, quedando tambien como tributaria la provincia de los Xochimilcas, el príncipe entró en su capital de Tezcoco, y en ella fué coronado solemnemente, por Izcohuatl rey de México.

Entonces los dos reyes convinieron en dar á los tecpanecas un rey de su misma nacion, nombrando por capital de este nuevo reino, la ciudad de *Tlacopan* hoy *Tacuba*. Veytia cree: que esto fué á instancias de Matlaltzihua, muger ó concubina del príncipe, porque siendo hija de Totoquiyauhtzin señor de Tlacopan, quiso el engrandecimiento de su casa, inspirando esta idea á Nezahualcoyotl, quien la presentó á Izcohuatl, y este convino en ella como una medida política para mejor sujetar á la nacion tecpaneca, porque el propuesto para rey, gozaba de gran reputacion entre sus nacionales como nieto de Tetzotzomoc, y habiendo sido enemigo de Maxtla, era muy adicto al nuevo orden de cosas. Creado este reino, se formó una alianza entre los tres reyes, siendo cada cual en sus estados monarca absoluto; pero los negocios del imperio, solo podrian resolverse por este consejo de los tres soberanos aliados. Los de Tezcoco y Tacuba, fueron nombrados electos honorarios respecto del de México cuya monarquía era electiva; y mutuamente tenian que ayudarse con sus respectivas fuerzas para

guardar la paz y el orden en sus estados, así como para defenderse de las agresiones de los estados independientes y tributarios, con lo cual esta famosa triple alianza, quedó constituida en ofensiva y defensiva y á ella es debido el rápido engrandecimiento del imperio azteca.

Al reino de Tacuba se concedió por capital, la ciudad dicha de Tacuba y se le concedieron algunas otras poblaciones al poniente, hasta la provincia de Mazahuacan, repartiéndose todas las demas poblaciones del reino de Azcapozalco, entre los reyes de Tezcoco y México: ninguno de los tres aliados podia disponer por sí solo en las cuestiones de la guerra: las provincias que aun no estaban sujetas á la autoridad de la triple alianza, se repartirian entre los tres reinos, tocando al rey de Tlacoopan una quinta parte y las otras por mitad á los de Tezcoco y México; y quedaban abolidos los señoríos, debiendo ser regidas las provincias, por un gobernador, directamente dependiente de la corona en cuyo territorio estuviera.

Hecha esta alianza que es de gran fama en la historia, pasaron los tres soberanos á la ciudad de México para celebrar con extraordinaria pompa la ceremonia de reconocimiento de aquel triunvirato de reyes, que representaban la suprema autoridad, que antes solo residia en el supremo emperador Acolhua ó Chichimeca. La ceremonia tuvo lugar en el antiguo palacio de Acamapichtzin primer rey de México á donde fué una numerosa comitiva, compuesta del rey de Tlaltelolco, los infantes de Tezcoco y México, el senado mexicano y la nobleza que de todas partes fué convocada, yendo presidida por los tres reyes, colocado Nezahualcoyotl en el centro, Izcóhuatl á su derecha y Totoquiyahtzin á la izquierda: al llegar al palacio, Nezahualcoyotl ocupó el *tlahcoacpalli* ó silla real, puesta sobre unas gradas en el fondo del salon: allí lo ungió el sumo sacerdote

de Huitzilopochtli y los dos reyes sus colegas le vistieron el traje imperial: Izcóhuatl le colocó la corona en la cabeza, lo saludó con el dictado de gran chichimecatl tecuhtli y despues de una profunda reverencia, se sentó á su derecha en una silla sobre las mismas gradas: luego el rey de Tlacoopan hizo el mismo saludo y carabana tomando su asiento á la izquierda; y desfilando despues todo el número de concurrentes en presencia de los tres monarcas aliados, cada uno los iba saludando con los dictados de chichimecatl tecuhtli á Nezahualcoyotl, culhua tecuhtli á Izcóhuatl, porque desde Acamapichtzin poseian los reyes de México la corona de Culhuacan, y á Totoquiyahtzin, con el de tepaneca tecuhtli.

Concluida la coronacion y este homenaje de agradecimiento y obediencia, salieron los reyes con su comitiva á dar gracias al templo de Huitzilopochtli, donde hubo muchos sacrificios humanos, los cuales veia Nezahualcoyotl con singular desagrado, pues no creia en las falsas divinidades introducidas por los mexicanos, ni adoraba sino al Dios Creador de todo el universo, ni mucho menos aprobaba todas las ridículas ceremonias de aquel culto brutal y sanguinario; y aunque mas tarde prohibió todo esto en su reino de Tezcoco, por entonces tenia que aparecer esteriormente consecuente con las máximas de aquel pueblo supersticioso, repugnándolas en su interior.

Del templo volvieron al palacio para dar principio á las públicas diversiones y banquetes en que pasaron algunos dias, solemnizando un tan fausto acontecimiento, que era una prueba palpable de la variacion de circunstancias que son tan naturales en la vida del hombre y de los pueblos. Nezahualcoyotl, poco antes perseguido y errante por los montes y diversos pueblos, mendigando como favor la proteccion y ayuda que le debian todos por derecho, ahora en el transcurso de unos cuantos meses fué conducido de victoria en victoria hasta la silla en

que se sentaron sus mayores: estando ya en la cúspide de su poder, con su auxilio libró á los mexicanos de la ruina que les amenazaba con la enfurecida tiranía de Maxtla, quien cayó del trono que tenia usurpado, dejando reducidos á sus vasallos, á la condicion de esclavos del vencedor; y aunque fué reconocida en él la suprema dignidad como la tuvieron sus mayores, no fué esto sino de nombre, porque en realidad su autoridad fué dividida, y aun limitada la parte que conservó con la asociacion de sus dos colegas, creados por la inspiracion de una dama favorita y principalmente, como cree Clavijero con otros autores, por la habilidad política del genio de Izcohuatl. Esto parece, que rebaja algo la dignidad de aquel gran monarca chichimeca, equiparándose con los que se salvaron con su auxilio y los que fueron sus vencidos; pero realmente la condescendencia de Nezahualcoyotl, es una prueba de la sabiduría y prudencia con que el cielo quiso dotarlo, porque atendiendo á las calamitosas circunstancias en que le tocó vivir, mas bien quiso desnudarse de alguna aparente grandeza, que comprometer el reposo y tranquilidad de su pueblo en una guerra, cuando ya ésta por mas de veinte años habia assolado los campos y ciudades y hecho correr á torrentes la sangre de sus súbditos.

Izcohuatl poco hacia, se vió en momentos de perder su corona en el aprieto que le puso la tiránica ambicion de Maxtla: si hubiera sucumbido en la lucha, habria pagado con la vida su temerario arrojo y los restos de su pueblo habrian gemido en la dura esclavitud entre los partidarios del déspota; pero ahora ve asegurada la tranquilidad de su pueblo, engrandecidos sus dominios é igualada su dignidad con la del supremo emperador, para hacer mas tarde sentir el influjo sobre todos los pueblos de quienes habia sido objeto de desprecio.

La orgullosa nacion teapaneca, que habia esparcido el terror y el espanto por el brazo de fierro de sus tiranos, vió correr en abundancia su sangre, sus ciudades saqueadas, pisoteada su grandeza; y de la abyeccion á que quedó reducida, se elevó á ser partícipe de la suprema dignidad, concediéndole este miramiento, como una medida política de los vencedores, para tener encadenada su cólera y hacerla servir á sus miras de prosperidad y grandeza. ¡Plugiera al cielo que estos vaivenes é inconstancias de la fortuna, que con tanta rapidez cambian la suerte de los pueblos; derrocando poderosos imperios para levantar otros sobre sus ruinas, fueran lecciones elocuentes para hacer mas cautos á los hombres y evitar aquellos escollos, donde se precipitaban los que despreciando los intereses de la sociedad, se dejan llevar de la fuerza de sus pasiones!

CAPITULO XXX.

Reinados de Nezahualcoyotl é Izcohuatl.

Vuelto el emperador á Tezcoco, se dedicó á restablecer el orden y remediar los males causados por el abandono que se habia hecho de la antigua legislacion de los monarcas chichimecas durante la tiranía de Tetzotzomoc y Maxtlaton. Nezahualcoyotl, unia, al benigno y clemente espíritu de los descendientes de Xolotl y Nopaltzin, una inteligencia priuilegiada, que le hacía conocer las ventajas que resultan á un pueblo, de la union de sus individuos, de manera que su primera medida fué conceder un perdon ámplio á todos los culpables, acompañado de las leyes sabiamente conuinadas, que á la vez de encadenar la accion de los malvados, fuera ensanchando